

LA EXACERBACIÓN DEL SENTIMIENTO NACIONALISTA*

Fernando Savater**

YO NO SOY un experto en nacionalismo, pero con los años he tenido que interesarme por esa cuestión, puesto que me ha tocado vivir en un contexto de presión nacionalista. En primer lugar, yo nací en el País Vasco, y ahí me he criado, pero a la vez soy un mestizo; es decir, mi padre era de Granada, era andaluz; mi madre era de Madrid, mi abuela materna nació en Buenos Aires y mis abuelos son catalanes, de modo que realmente soy un caso de mestizaje, no único, porque en España hay muchos. En el País Vasco, por ejemplo, de cada diez habitantes, seis son inmigrantes o hijos de inmigrantes, entonces, represento un poco este tipo de ciudadano. Frecuentemente, en la modernidad que vive una colectividad pero que, por azahares de la historia, del tiempo, de la inmigración, etcétera, proviene de muchas identidades diversas, hay algunas personas que han estado establecidas más tiempo en un lugar con sus familias y sus tradiciones genealógicas. Nosotros provenimos de familias más de arribada, que han llegado y en las cuales influyen varias personas, pero en general yo creo que el caso del mestizaje étnico (no un mestizaje exclusivo racial, ya que puede ser un mestizaje de orígenes diversos) es cada vez un caso más frecuente en todas partes.

La modernidad en buena medida está hecha de mestizajes. El nacionalismo normalmente funciona como un mecanismo de exacerbación, como homogeneidad dentro de un territorio dado; me refiero al nacionalismo actual, pues el nacionalismo, como todo, tiene una historia.

* Transcripción autorizada de la grabación de la ponencia presentada por Fernando Savater.

** Catedrático de Ética en la Universidad del País Vasco.

Decía Nietzsche que lo que no tiene definición no tiene historia, y viceversa. El nacionalismo no puede tener una definición única, sino más bien tiene una historia. No es lo mismo el nacionalismo del siglo XVIII (gracias al cual tuvo una forma de legitimación política opuesta al poder absoluto de los reyes y las monarquías) que el nacionalismo que se da hoy en la actualidad, sobre todo en Europa, que es un nacionalismo más bien de disgregación de los antiguos Estados y de exacerbación de las entidades étnicas. Una especie de legitimación del intento de regresar a una legitimación prepolítica, basada en la identidad de origen de la homogeneidad del grupo.

Los Estados modernos, como saben ustedes muy bien, precisamente no sancionan la homogeneidad del grupo, sino que más bien concilian heterogeneidades, o sea: los Estados modernos sirven para hacer compatibles heterogeneidades étnicas, incluso a veces lingüísticas y culturales, que se amalgaman de una manera más o menos armónica (esto depende del Estado, así como de los avatares históricos dentro de una institución política única).

El nacionalismo que actualmente se da en muchos lugares de Europa y que es el que yo he vivido más de cerca, es un nacionalismo que pretende sancionar a la fuerza la homogeneidad de un territorio heterogéneo. Naturalmente a veces ese mecanismo tiene implicaciones verdaderamente dramáticas hasta puntos extremos, como en la ex Yugoslavia, donde convivían grupos diferentes: serbios, croatas, bosnios, musulmanes, miembros de la región ortodoxa, católicos, etcétera. De pronto, al suspenderse el mecanismo más o menos coactivo de integración que era la antigua Yugoslavia, cada uno de esos grupos ha buscado su independencia, su autonomía homogénea. El problema es que cada una de las regiones de la antigua Yugoslavia no era homogénea en sí misma, sino que estaba habitada por grupos diversos. Por ejemplo, en Bosnia convivían, no ya en una misma ciudad sino en una misma calle, en un mismo bloque de viviendas de pisos superpuestos, personas de diversas religiones, de distintas etnias, etcétera.

El mecanismo perverso se da cuando uno de esos grupos pretende expulsar u homogeneizar por la fuerza a todos los habitantes de un territorio dado, haciendo la vida imposible a los demás, de tal modo que tengan que irse o que hayan de someterse y re-

nunciar a su forma de vida o a sus derechos. En la antigua Yugoslavia se han alcanzado grados de masacre y de violencia extraordinarios. La convivencia más o menos armónica pero factible que existía se ha hecho imposible y se ha convertido en matanza, en exilio.

En el caso concreto del País Vasco, primero hubo un nacionalismo imperial, un nacionalismo franquista impuesto, que pretendió imponer en todo un Estado, tan diverso y tan lleno de peculiaridades como el Estado español, una sola imagen, monolítica, más o menos copiada del fascismo mussoliniano.

En el País Vasco se intentó borrar los signos culturales característicos; como la propia lengua euzkera y otros signos identificatorios de la peculiaridad de la vida en ese territorio. Se pretendió homogeneizarlos y convertirlos en algo perfectamente intercambiable con cualquier otra parte del mismo Estado. Lógicamente esto provocó una reacción en contra; es decir, creó el sentimiento de independencia y deseo de sacudirse ese yugo, puesto que el Estado se convertía en un cepto y no en una institución armonizadora de diversidades.

Una vez acabado el franquismo, se ha recuperado la pluralidad de España por la vía de las autonomías profundas y, casi yo diría, que desconocidas en ningún otro país europeo, como son las que hoy se tienen en las diversas regiones de España. En ellas cada una de esas autonomías tiene su propio parlamento, su himno, su bandera. En el caso del País Vasco, recaudan plenamente impuestos y tienen derecho al 100% de la administración de los impuestos que se recaudan en el territorio. Estas cosas constituyen verdaderamente un giro extraordinariamente vigoroso, respecto a lo que vi antes; sin embargo, hay un sentimiento de independencia dentro del País Vasco. Hay un grupo, una etnia que se considera a sí mismo como peculiar y que trata de imponer su visión de la nacionalidad de la ciudadanía al resto del país. Al principio todos creímos que sería una cuestión pasajera. Que cuando hubiese una amplia amnistía para los opositores que habían luchado contra el franquismo, acabaría la violencia y se empezaría un debate político con todas sus peculiaridades y sus altibajos. Desgraciadamente no fue así. En 1978 hubo una amnistía plena a todas las personas responsables de delitos, incluso de delitos de sangre, etcétera (cosa que también es un hecho único en la

historia reciente europea: que se haya dado una amnistía plena no solamente a los delincuentes estrictamente políticos, sino a delitos que implicaban estragos, asesinatos: una amnistía plena para buscar esa reconciliación). Muchos de los que habían sido militantes de ETA se acogieron a esa amnistía y se incorporaron a la lucha política y al debate político, pero quedó un grupo que ha continuado manteniendo una actitud violenta, incluso más violenta en la democracia que durante la dictadura. (ETA ha cometido más delitos, más crímenes durante la democracia, que en la propia dictadura.) El problema lleva a un enfrentamiento paulatino, cada vez más y más inevitablemente civil; es decir, en el fondo no se trata, a pesar de la retórica que utiliza el terrorismo, de un pueblo que busca su libertad, sino de un grupo dentro de una comunidad; de un grupo de ciudadanos que trata de imponer por la violencia sus ideas al resto. En ese sentido, digamos, es un poco patético a veces comprobar que en otros países los delincuentes, los terroristas que han cometido crímenes contra la democracia y contra los ciudadanos demócratas (no contra la opresión o contra la dictadura), buscan refugio pretextando que sus ideas son perseguidas cuando realmente sus ideas son perfectamente lícitas. Tienen periódicos, radios, etcétera, para defenderse y se defienden públicamente de todo lo que haga falta. Lo que pasa es que todas sus ideas son minoritarias, así pues, no son perseguidos por sus ideas, sino por tratar de imponerlas por la violencia, cometiendo crímenes.

Da lugar a esto también la ficción sobre la idea del preso o del refugiado, del preso político. Un preso es político cuando el delito o los delitos por lo que es condenado son delitos relacionados con la política. Un preso político es aquel que sufre persecución por haber repartido propaganda, por haber fundado un sindicato, por haberse asociado para defender sus ideas. En las democracias no hay presos políticos, ya que la propaganda, la asociación, etcétera, son cosas perfectamente lícitas y debidas; pero aquel que comete delitos, crímenes invocando razones políticas no es un preso político.

Un asesinato no es una práctica política, aunque se haga por razones políticas, lo mismo que una violación no es una forma de libertad sexual. Sería absurdo que el violador se considerara un reo que diga que no se respeta su libertad sexual, o que el asesino

que intente matar a Salman Rushdie invoque la libertad religiosa a su favor y diga que va a matarlo por razones religiosas y que hay que respetarlo en nombre de la libertad religiosa.

La idea de que un terrorista comete delitos por razones políticas y que tiene derecho al refugio político es tan pintoresca como decir que un violador es perseguido por su sexualidad libre, o que un integrista que quiera asesinar a alguien lo es por sus ideas religiosas en nombre de la libertad de religión.

Sin embargo esto a veces funciona en ciertos niveles y en ciertos ámbitos, precisamente porque el nacionalismo es una idea gremial, una idea de que los grupos son homogéneos. Se habla de los vascos como si de alguna manera fuéramos todos iguales, o los ciudadanos o los territorios tuvieran la obligación de ser todos iguales y respondieran a las mismas pautas.

A veces se acepta esto cuando ocurre lejos de uno y da lugar a situaciones como la que se está viviendo en el País Vasco. Yo creo que es una situación casi de enfrentamiento. En la universidad, en la calle, hay un grado de temor muy notable entre los ciudadanos; la gente huye, busca refugio en otros lugares lejos de ahí; los periodistas tienen que dejar sus trabajos porque son amenazados de muerte; los profesores buscan otros puestos de trabajo porque también son amenazados. Hay constantemente una miríada de pequeñas agresiones intimidatorias sobre todo en las localidades pequeñas. Todo esto responde a una imagen que en ese sentido es bastante especial, pues el nacionalismo vasco tiene unas características especiales que lo hacen, y que permiten estudiar el fenómeno nacionalista de una manera bastante curiosa.

Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco a finales del siglo pasado, aprendió sus ideas nacionalistas en Cataluña. Se había ido allá siguiendo a su hermano Luis que estudiaba Derecho en la Universidad de Barcelona. Ahí, los dos hermanos Arana, se movieron en los ámbitos del nacionalismo catalán, que era un nacionalismo de características muy distintas del vasco.

Las reflexiones de Sabino Arana sobre el nacionalismo catalán son muy interesantes. A pesar de que aceptaba y aprobaba las ideas del nacionalismo catalán, en cuanto ideas nacionalistas, como vascos, comentaba Arana, no las aceptamos. Nuestra postura, decía, no es la misma que la de los catalanes, ya que ellos quieren convertir en catalán todo lo que viene de fuera, todo lo

que va llegando del exterior se las arreglan para hacerlo catalán, mientras que nosotros los vascos sólo queremos que lo que no sea vasco se vaya de aquí.

Esa diferencia de enfoque ha sido crucial en el devenir distinto del nacionalismo vasco y del nacionalismo catalán. El nacionalismo catalán es un nacionalismo que tiene una fuerte dialéctica política. Hay efectivamente grupos distintos que tienen ideas muy diferentes dentro del ámbito de Cataluña, pero que no han llevado más que a brotes muy esporádicos y muy tangenciales de violencia. No han llevado ni mucho menos a un enfrentamiento civil, mientras que esa idea, o sea, la de expulsión o lanzar fuera del País Vasco lo que no pertenece a él, lo que no se integra, o no se parece lo suficiente, es algo que está llevando a esa situación de violencia.

Como decíamos, las necesidades ya son innegablemente heterogéneas y lo van a ser cada vez más. La única posibilidad de intentar entonces homogeneizarlas es por la fuerza. En ese sentido, la relación entre nacionalismo y violencia viene del intento de un grupo determinado de homogeneizar, de convertir en lecho de Procusto el resto del país. Es decir, viene del intento de cortar todo lo que sobra, de expulsar todo lo que sobra, de crear una identidad como una especie de sello al cual hay que plegarse y fuera del cual no hay salvación. Esto sólo se puede conseguir por la fuerza, pues naturalmente la realidad del país es diferente; la realidad es que el país es plural, distinto y que cada vez lo será más, ya que cada día llega más gente de otros lados con posturas diversas, que se van haciendo cada vez más complejas. Hay una especie de sueño ruralista permanente en casi todos los nacionalismos europeos; es decir, la idea de volver a un pasado preindustrial, donde todo era armónico, donde los pastores trabajaban al lado de sus ovejas y todo el mundo vivía en un idilio permanente antes de que las fábricas contaminantes llenasen todo de humo y de guardias civiles.

Esa imagen está bastante extendida; es decir, se aplica por ejemplo a esos países del este europeo, se extiende hasta el punto que todos los nacionalismos reproducen el mismo esquema: "Estábamos aquí muy tranquilos, viviendo muy felices en armonía natural; todos pacíficamente hermanados y de pronto empezaron a venir gentes de fuera con fábricas, con industrias, con moderni-

zaciones, etcétera; urbanizaron todo y empezó la discordia". Este paradigma se repite bastante a lo largo de los países europeos. Un ejemplo literario que yo les aconsejo que releen, si lo han leído (o lo lean si no lo han leído), es el de la novela de Miguel de Unamuno titulada *Paz en la guerra*.

Paz en la guerra es una novela que se sitúa en las guerras carlistas en torno a los años setentas del siglo pasado. Ahí está un poco todo el problema, porque en el fondo el violento nacionalismo vasco actual, el terrorismo etarra, no es más que una derivación del carlismo, una especie de carlismo modernizado, pero en el fondo es el mismo esquema.

Unamuno cuenta con mucha fuerza novelesca cómo las capitales del País Vasco (Bilbao, San Sebastián) se oponían a un campo rural integrista religioso. Entonces todas esas capitales eran abiertas, laicas en tanto que el campo era religioso, homogeneizador y conservador. En esa pugna nacen las guerras carlistas y esa pugna, en buena medida, continúa hoy. El problema es que las heridas que va dejando un enfrentamiento de este tipo no se explican solamente a raíz de una disputa del tipo político como puede ocurrir por ejemplo en Cataluña y en otros lugares; es decir, a causa de que hay diversas concepciones de lo que debe ser la comunidad, cosa que es natural que ocurra y que no tiene nada de malo. Lo que pasa es que se va creando un enfrentamiento con muertos, con muchas víctimas, con muchos heridos (pues cada uno de los atentados no solamente causa muertos, sino víctimas, heridos, familias destrozadas, maridos o mujeres que pierden a sus cónyuges, que pierden a sus hijos). Gente que está viendo cómo los jóvenes de sus familias pasan muchos años en la cárcel por haber cometido delitos; que ya es muy difícil que una vez que se ha entrado a esas organizaciones, volverse atrás y salir, pues la organización ejerce una presión conminatoria sobre sus miembros, que no les deja echarse atrás y que les obliga a continuar formando parte del colectivo.

Realmente esa forma de violencia es una gran tragedia y es una tragedia ciega porque, además, no tiene final, pues el final sería simplemente que la mayoría desistiese de los acontecimientos políticos para que triunfara la minoría violenta. El País Vasco es un caso único. Yo creo que, en general, una de las exigencias básicas de la democracia es que la mayoría respete a la minoría,

pero en el País Vasco vivimos una situación paradójica, ya que lo que estamos intentando lograr es que la minoría respete a la mayoría; es decir, que de alguna manera no se dé el caso de una minoría que, por medio de la violencia, no sólo no respete a la mayoría, sino que intente imponerse y desplazar la armonía social establecida.

Yo insisto en que no soy un especialista; no conozco ni les puedo ofrecer a ustedes una doctrina completa del nacionalismo. Lo único que soy es una persona que ha padecido tanto el nacionalismo franquista de imposición, que hubo una vez en una época en el País Vasco, como el nacionalismo reaccionario de ahora. A mí me pasa lo que me decía mi amigo Julio Caro Baroja: "Ya ve usted, yo en la época de Franco era un mal español, y ahora resulta que soy un mal vasco".

A mí me pasa lo mismo. Yo he sido un mal español y he sido un mal vasco, de modo que no he logrado armonizar con esos colectivos. Lo malo de esto es que veo unas perspectivas bastante negras para la pacificación de mi país y, en general, incluso, de toda Europa. Creo que la tendencia que brota de estas violencias nacionalistas es excesivamente probable.